

## MAMONISMO.

("La Estafeta", Madrid, 2 enero 1899)

## MAMONISMO.

Diriase que va a cerrar un ciclo de la civilización la misma lucha de razas que abre a la historia de la Barbarie. El proceso económico del capitalismo burgués amenaza acabar como acabó el de Roma, criadora de esclavos: en un desastre internacional. Las grandes naciones, herederas del Estado romano, y, en cuanto a tales, anticristianas, caen sobre los pueblos a medio cristianizar, sobre los mismos pueblos que las forman.

Hay que ir a buscar las raíces del mal en el proceso económico.

Fundaron primero los fuertes su ganancia y su holgura en la esclavitud de los débiles, y no pudiendo guardar toda la tierra disponible, encadenaron al prójimo. Fué el esclavo acumulando riqueza al amo a la vez que se multiplicaba en hijos, esclavos también, y cuando estuvo acotada toda la tierra disponible se le quitaron las cadenas. Podía ir adonde quisiera, pero adonde quiera que fuese o se moría de hambre o pisaba suelo del fuerte y quedaba siervo de él.

Siguió acumulándose riqueza; creáronse potentes medios de producción; la industria tomó vuelo, y pareció que iba a aliviarse el trabajo humano. Así llegó la edad idílica del industrialismo optimista, la de las armonías económicas, la égoga manchesteriana del laissez faire y del libre cambio. Pero aquella concurrencia, de que tantas maravillas se esperaban, empezó a debilitar a la industria, y al paso que los medios de producción se acumulaban, creciendo en mayor





medida que la que se requería para la demanda de productos, su valor, en cambio, el beneficio, bajaba, el interés menguaba y el salario subía. Iniciáronse los grandes Sindicatos, y la industria se lanzó a conquistar consumidores, a abrir mercados a cañonazos.

Hoy son las naciones, ante todo, vastos sindicatos tácitos, y el suelo de las débiles hipoteca de los tenedores de la Deuda. El industrialismo mercantilista se ha hecho agresivo, proclamando por boca de sus apóstoles el derecho del más fuerte. Asistimos al paroxismo proteccionista, que para defenderse tiene por fuerza que hacerse ofensivo. Nunca ha tenido más sentido, y un sentido más triste, lo de que el pabellón cubre la mercancía. Como que toda bandera no es ya más que bandera mercante.

Asistimos a un periodo de recelos mutuos, de traidoras alianzas, de besos de Judas, de pactos de bandidaje, impulsados todos por el industrialismo mercantil. Chamberlain declara que Francia tiende a destruir en todas partes el comercio inglés, como lo ha hecho en Madagascar, después de considerar a Inglaterra como a



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES



nación favorecida. No es esta nación ya más que una Compañía de Indias, guiada por el espíritu de Warren Hastings, el sentenciado de otros tiempos. Conmuévase ante el *made in Germany*; mientras Hamburgo, la Meca del mamoniismo germánico, informa los arranques del Emperador, que quiere ser genio. Se ha levantado en este pueblo un nuevo Faraón que no conoce á José, según el versillo del *Exodo* aplicado por Spielhagen á su patria. Se condena á muerte, con genuina grosería británica, á las naciones que carecen de fuerza bruta, mientras fieles los anglo-sajones á su repugnante *cant*, declaran unirse para garantizar la paz y la civilización universales, zapando entretanto los fundamentos de esa misma civilización, su cimiento cristiano. El salvajismo, á tanta costa mal ahogado en los individuos, estalla en las colectividades que llamamos naciones. La lucha por el mercado, *the struggle for market*, adquiere los caracteres de la lucha por la vida en la primitiva selva. Y en tal situación de cosas lanza el Czar la proposición de desarme. Es una comedia terriblemente trágica.

Es una transferencia de crédito. La





barbarie se refugia en las colectividades, de la misma manera que se proclama al amor á la humanidad para mejor poder despreciar á cada hombre en particular. El humanitarismo va contra el prójimo.

Inténtase justificar tanta barbarie con la excusa de la expansión de raza.

Para el trabajador, que sólo lleva sus brazos y su alma, toda la tierra es patria: donde quiera que vaya y encuentre trabajo, puede vivir tan bien ó mejor que en su propia patria. **Nuestros emigrantes á Orán tienen allí colonia sin que sea de España: sembradas están de españoles las Repúblicas sud-americanas. Pero si el trabajo puede emigrar sin trabas, y prender allí donde encuentre buen suelo, no le sucede lo mismo á los consumidores. ¡Hay que crear consumidores! He aquí la frase terrible que revela toda la lepra del moderno mercantilismo: ¡hay que crear consumidores! La producción no se endereza y ajusta directamente al consumo, sino al cambio; el consumidor es el que puede cambiar. No puede pensarse en repartir mejor lo producido. Hay un exceso de ahorro que debe-**





## LA ESTAFETA

mos verter en empleo improductivo, en paz armada, en juego, en parasitismo, en lujo, en agio, para evitar que ponga en peligro por su exceso mismo el interés del capitalista, como la tierra libre pone en peligro la renta del propietario. ¡Hay que crear consumidores mientras desfallecen de miseria los que no pueden consumir! No se trata de hacer hombres, como quería el noble Ruskin, sino de hacer consumidores. Hay que hacer hombres que mantengan á los productos, más que productos que mantengan á los hombres.

Pueden morir de hambre entretenida las lúgubres muchedumbres á que se dirige John Storm, el heroe de *The Christian* de Hall Caine, porque nada pueden dar á cambio de esos productos redundantes; pero hay que hacer consumidores solventes, carne de capital. Aún hay poca, Mamón necesita más. Decía Carlyle en su *Pas and Present*, que la más triste noticia que se hubiera oído era la de que hiciese depender un país su existencia nacional de vender algodón manufacturado un *farthing* más barata la vara que otro pueblo cualquiera. Hay algo más





triste, y es que pueda creer un pueblo que su bienestar depende de obligar al prójimo á cañonazos á que compre sus productos, aunque sean más caros.

Es la racha brutal del proteccionismo, la que llevó á Méline á la triste aventura de Fashoda; la que, bajo el Gobierno de Mac-Kinley, el hombre de las tarifas, ha arrastrado á la República de Franklin á todas las barbaries de una guerra, preparada de antemano por un pueblo de *parvenus*, que encubre con enfermiza soberbia su radical barbarie. Y aún queda quien se pregunta en qué consiste la superioridad de los anglosajones. Se extiende la plaga del culto al león que se ríe, al Zaratustra del loco Nietzsche.

¿No será todo esto el fin de una civilización y el principio de otra? ¿No será ocasión de repasar aquel elocuente capítulo de *Progress and Poverty*, en que nos traza Enrique George un cuadro de *how modern civilization may decline*, de cómo puede declinar la civilización moderna, cómo declinó la antigua, con el triunfo del mamonismo?

No es posible que soporten por mu-



cho tiempo los pueblos la pesadumbre de su estado; no es posible que sigan encerrados en el terrible círculo en que hoy viven. Para proteger sus industrias y comercios mantienen poderosos ejércitos y grandes flotas, y estas flotas y estos ejércitos se llevan la flor de la producción. El pozo sin fondo de la paz armada, y con él otros pozos que le sirven de auxiliares, apenas bastan para tragarse aquellos ahorros de capital que, vertidos á empleo reproductivo, aumentarían la demanda de trabajo, harían subir los salarios y bajar, con los beneficios, el interés mismo. La libre concurrencia, tan encarecida en la infancia de la industria, ha venido á parar á la tiranía feroz del más fuerte: es una libre concurrencia á cañonazos. Al inglés, que ha invadido pacíficamente el Transvaal, donde forma las dos terceras partes de la población, no le basta con esto, y Cecilio Rhodes, «el Napoleón de África», este *hombre representativo*, prepara la fracasada intentona del filibustero Jameson. *The expansion of England* —la expansión de Inglaterra— no es precisamente la expansión del pueblo inglés, sino la del capitalismo británico. *The english-speaking folk*, el pueblo que habla inglés tiene que conquistar el mundo al industrialismo, y para lograrlo va á caer en lo que más ha censurado siempre: en el militarismo.



¿Qué fin tendrá la invasión del industrialismo agresivo, que tiende á secar las fuentes mismas de la verdadera prosperidad económica?

Cayeron los bárbaros sobre Roma y sofocaron su cuerpo, exhausto y gastado y enfermo ya por propios pecados; pero de allí brotó, del cadáver de Roma la nueva civilización que educó á los bárbaros mismos. Llevaba en su seno dos principios en lucha: el principio romano del *ita ins esto* con su adjunto el *ins utendi et abutendi*, el espíritu jurídico de aquel pueblo de soldados amos de esclavos, y de otro lado el principio cristiano de que la ley hace el pecado; el alma de la paz que fluyendo de Oriente, de los profetas hebreos, vino á asentarse sobre las *pietas* de Lucrecio. El mamonismo es en el fondo la flor del sentido jurídico romano. Los bárbaros del imperialismo mercantilista vuelven á invadir la Roma eterna. Así

ahogarán en ella los restos de su sentido jurídico para que fecunde y brote el espíritu cristiano que dormita en su fondo, el que dió un latido en la gran Revolución, la francesa, no en la chica, no en la de Cromwell.

Los que subordinan la vida á la producción, serán al cabo vencidos por los que subordinen la producción á la vida.

MIGUEL DE UNAMUNO.

